

SEMBLANZA DE UN ARTISTA AMERICANO

CARLOS W. ALISERIS, pintor uruguayo

La *Revista de Arte* dedica esta sección al estudio de los más destacados artistas plásticos y musicales de América. Damos comienzo a esta serie de publicaciones con un estudio de la personalidad del pintor uruguayo Carlos W. Aliseris, obra del destacado crítico argentino Antonio Soto.

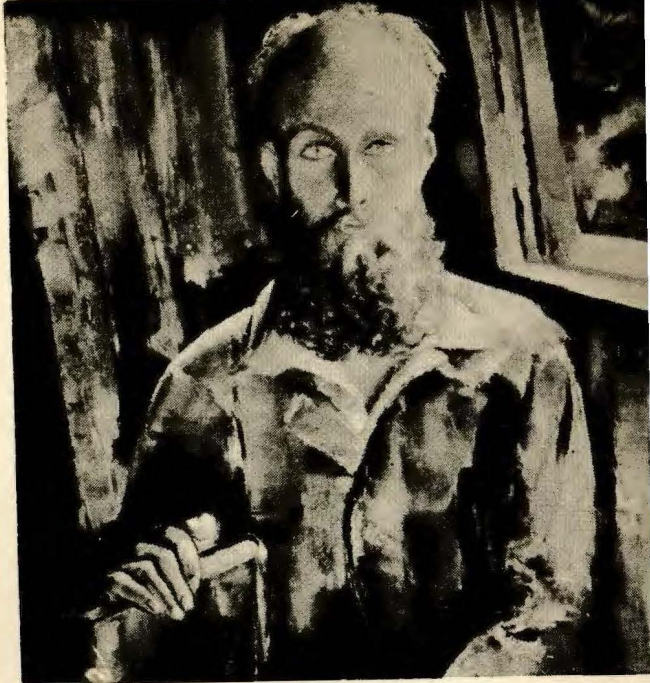
«ALISERIS, LLAMA VIVA»

Para justificación de este comentario, Carlos W. Aliseris es algo más que el último pintor uruguayo que ha llevado sus cuadros al salón de Amigos del Arte de Buenos Aires; además es el primero que saca la cabeza a la superficie en procura de oxígeno espiritual después de su ineludible zambullida en el piélago del arte deshumanizado. Ahora ya no cabe duda de que los manotones de Aliseris han logrado sacudir de su contorno los gases que le asfixiaban, porque sus últimas obras se presentan a nuestra retina rodeadas de esa claridad que define a toda cosa ya lograda. Como de otros artistas contemporáneos, de Aliseris puede pensarse que su tremendo luchar con tantos elementos contradictorios le ha servido para clarificarse y purificarse hasta donde se lo permitía lo mejor y más noble de sus cualidades. Ante algunos de los cuadros que llevó a la exposición de Buenos Aires—retratos, paisajes y naturalezas muertas—uno siente la comunicación de esa alegría que es producto del esfuerzo no superado y está seguro de que el artista ha encontrado el camino que buscaba.

Hemos dicho camino y no posa-

da. Esto conviene recalcarlo bien, porque lo que a este artista le da importancia, le da carácter y le da sobre todo el signo auténtico de su categoría es que prefiere el infinito «ser» al infinitivo «estar», porque, a la manera de Cervantes, que es la dinámica por excelencia, encuentra más interés en recorrer él la vida que en que la vida lo recorra a él. Por eso, es decir, por esa inquietud innata, por ese temperamento pendular, mientras Aliseris pinte, progresará de un punto a otro, pero nunca podrá estarse quieto, mano sobre mano, ni resolverá de un modo igual dos problemas diferentes. Cada problema pictórico lo encontrará apercebido, no con la solución amartillada, sino con el ojo alerta o la intuición requerida para funcionar al punto.

El rasgo prominente de Aliseris es su facundia verbal, paralela a esa otra facundia suya que llamaríamos pictórica. Aliseris es un trabajador infatigable, sin requisitos ni miramientos. Pinta de noche como de día, con luz nublada o a pleno sol, en interiores o al aire libre, en la playa, en el campo, en la azotea. Dondequiera que empuña la paleta, el espectáculo de la realidad le ofrece alguna primicia insospechada, con su sentido mági-



El Holandés Dick, óleo de Carlos W. Aliseris



Praia Comprida, óleo de Carlos W. Aliseris

co para el artista que se empeña en descubrir en cada instante ese fenómeno metabólico entre la luz interior de cada objeto y la luz que ésta recibe del exterior, creándose entre ambas el ambiente. Cuando lo retratado es un ser viviente, Aliseris consigue ese suceso que hoy vemos en sus retratos del holandés, cuyo rostro aparece iluminado más de adentro que de afuera, con lo que la belleza puramente plástica se presenta en el conjunto superada por la belleza que podríamos llamar ideológica al dársenos allí la sensación—la afirmación mejor dicho—de la inmortalidad del alma humana. Después de estos retratos del holandés, nos parece tan natural como sincero el que Aliseris se haya decidido a encararse con el tema religioso.

Ahora bien, contra lo que pudiera suponerse, de acuerdo con las leyes económicas, el pintor que trabaja de este modo y muestra tales arrestos funcionales en extensión y en profundidad, no es un espíritu solitario, ensimismado y retraído, sólo propenso al monólogo o a ese

diálogo mudo que los artistas mantienen con los elementos de la naturaleza. Paralelamente a esto, que constituye el lenguaje de su facundia pictórica, Aliseris manifiesta una facundia verbal que si por una parte contradice el dictamen de las leyes económicas, por otra, en cambio confirma el refrán que dice: «De lo que abunda el corazón hablan los labios». Como vino de solera generosa, el espíritu del arte rebosa el corazón de este pintor e invade, abundantemente, todas sus conversaciones. Los temas más remotos y distantes de la zona artística, (política, finanzas, medicina, agricultura), encuentran de pronto un hito, un recodo, una vuelta, un accidente que los lleva a desembocar sin remisión en el territorio de la pintura, sino mar adonde afluyen todos los ríos. En suma, oyéndole hablar, uno acaba por llegar a la conclusión de que Aliseris cree en la luz, porque ella hace posibles los colores y los colores hacen posible lo demás.

Este rasgo prominente de Aliseris vale la pena señalarlo aquí, co-

mo habrá de señalarlo en su biografía, porque nos da la medida de su vocación, registra la filiación de su temperamento y establece el hecho diferencial entre él y la mayoría de sus colegas, tanto más escépticos ante el porvenir, cuanto más sienten los golpes de la experiencia. «¿Para qué va uno a pintar en esta tierra?», Aliseris no conoce esta pregunta. Ni «para qué», ni «por qué». En todo caso, lo que conoce Aliseris es la respuesta de su optimismo que no es cosa de iluso, precisamente, sino todo lo contrario: réplica de esa alegría—llama viva—que brota del esfuerzo superado. Gracias a esta capacidad de reacción ante todos los obstáculos, el pintor Aliseris—llama viva—ha sabido por lo pronto redimirse del secuestro de las supersticiones de la moda.

Digamos que en su nueva orientación hacia el tema religioso hay algo más que un alarde de su dominio cada vez mayor de la técnica pictórica. El espacio físico, en torno de sus figuras, ya está lleno de fuerza moral.—ANTONIO SOTO.



Bahía, Guanabana, óleo de Carlos W. Aliseris